

La escotilla

Carlos Manuel Cruz Meza

Cuando el niño despertó, durante un instante se sintió desorientado. Tardó varios segundos en recordar dónde estaba. Se encontraba aún encerrado en un contenedor individual de la cámara criogénica colectiva, que estaba dispuesto verticalmente, lo que permitía distinguir todo a su alrededor. En este, viajaban él y su familia hacia Tierra Dos, la nueva colonia extraterrestre; sin embargo, algo extraño ocurría.

Pronto se dio cuenta del problema. Por algún motivo, la escotilla de la pequeña nave estaba abierta. Afuera, el espacio se veía oscuro, infinito y aterrador. Los contenedores de sus padres parecían intactos; se dio cuenta de que habían despertado también y lo miraban aterrizados. Sabía por qué: si alguien no cerraba la abertura, en cualquier momento la nave dejaría de funcionar y todos morirían.

Pero era imposible salir de los contenedores, pues se abrían por fuera mediante una sofisticada programación que se activaba al llegar a su destino. Estaban encerrados; y si habían despertado era por un mal funcionamiento causado por la apertura de la compuerta. Además, si alguno de ellos lograba salir, antes de poder siquiera cerrar la portezuela, moriría de inmediato por la falta de oxígeno, el frío extremo y las condiciones del espacio. Sin contar con que no sabían cómo reparar la nave, ni volver a activar el suministro de aire o el mecanismo de criogenia.

Nada se podía hacer. Dentro de sus modernos ataúdes tenían suficiente oxígeno para aguantar varios días, pero no había agua ni alimentos. Morirían de hambre y sed, era algo inevitable. Aquel era su destino. Sus padres estaban llorando, cada uno en su contenedor, mientras lo miraban y se miraban entre sí.

En una cámara más pequeña, su gato, también despierto, se acicalaba y de vez en cuando le dedicaba una mirada indiferente.

